



## Organización, actividad y bases del carlismo navarro durante el primer franquismo

AURORA VILLANUEVA MARTÍNEZ

Antes de comenzar, quisiera hacer algunas consideraciones que aclaran el alcance de mi intervención, que como ya sabrán trata sobre la organización, acción y bases sociales del carlismo navarro durante el primer franquismo, un tema que, hace ya algunos años, fue objeto de mi tesis doctoral. Ya entonces, la ausencia casi total de estudios referidos al carlismo navarro posterior a la guerra de 1936 y a la historia navarra durante el franquismo condicionó la investigación y sus resultados, lo que, unido a las limitaciones de las fuentes que se pudieron consultar, situaron el estudio resultante en una perspectiva de primer desbroce, insuficiente para la obtención de aseveraciones concluyentes. A día de hoy, la situación historiográfica no ha experimentado cambios significativos, de ahí que tome los contenidos y resultados de mi propia tesis doctoral como base de mi intervención, y ello a pesar de sus claras limitaciones. Limitaciones que ya desde ahora apunto, como la de la ausencia de un estudio sociológico de las masas y las elites dirigentes carlistas, la falta de una profundización en la naturaleza de los diferentes liderazgos políticos internos, o la ca-

rencia de perspectivas comparadas con otras organizaciones políticas españolas contemporáneas de derechas.

Una segunda consideración: la de la naturaleza del fenómeno carlista. Nacido en el segundo cuarto del siglo XIX, su larga perduración en el tiempo y su surgimiento en un contexto social de defensa y reacción ante la aparición del liberalismo dotan al carlismo de una peculiar complejidad, que hace necesaria una pluralidad de enfoques para su comprensión.

Y es que antes que un movimiento ideológico o una comunidad política, el carlismo es una realidad sociológica fundamentada en la identificación subjetiva con una comunidad de personas amasada a lo largo de la historia sobre el eje de la lealtad a unas ideas y una dinastía. Tres elementos, sociológico, ideológico e histórico que, interrelacionados, conforman una identidad colectiva que, plasmada políticamente, rebasa el ámbito de la política.

Así escribía hace unos años, cuando tuve que intentar dar una especie de definición de lo que era para mí el fenómeno carlista, unas palabras que sigo suscribiendo. En este contexto, el estudio de la organización y actividad del carlismo político en la Navarra de postguerra, objeto de mi intervención, no deja de ser uno de los posibles y parciales acercamientos a la realidad carlista.

Hechas estas consideraciones, empecemos.

En todo estudio histórico sobre el franquismo, e incluso sobre la época posfranquista, tarde o temprano uno acaba topando con la larga sombra de la guerra civil de 1936. Todas las guerras, y más en el caso de las civiles, dejan profundas huellas humanas, económicas, y políticas; pero en el caso español de 1936 a ello hay que añadir la configuración de una estructura estatal de signo personalista que, de origen bélico y militar, sobrevivió hasta 1975, con el único título de legitimidad que el prestigio militar otorgado por la victoria en la guerra. Pieza clave en esta nueva estructura estatal fue la abolición del sistema de partidos políticos característico de los regímenes democráticos occidentales; por decreto de 19 de abril de 1937 quedaron disueltas las organizaciones y partidos de cualquier signo, incluidas las que habían apoyado al ejército sublevado, caso, entre otros, de la Comunión Tradicionalista, denominación de la organización política carlista. Una situación nueva en su larga historia, que iba a requerir nuevos planteamientos y tácticas.

Hasta ese momento, el carlismo en su vida política había conocido dos tipos de situaciones: en tiempos de paz, y a pesar de su no aceptación doctrinal del sistema liberal de partidos, mantenía la unidad e identidad política de sus bases a través de la tenencia de unos cuadros y estructuras partidistas y su participación electoral; en tiempos de guerra, sin embargo, su opción armada para una toma del poder le colocaba fuera del sistema liberal y volcado en una organización interna de signo militar. Dos tácticas que implicaban dos tipos diferentes de estructura y organización internas y, en último término, de sensibilidad. Siguiendo esta lógica, al poco de iniciada la guerra civil, con fecha 28 de agosto de 1936, Manuel Fal Conde, jefe delegado de

la Comunión, en nombre de don Alfonso Carlos, último pretendiente carlista, dispuso la suspensión en sus funciones, por el tiempo que durase la guerra, de todos los jefes y juntas regionales, provinciales y locales, además de las distintas delegaciones de cualquier tipo que venían funcionando, siendo absorbidas sus funciones por los comisarios y juntas de guerra que se creaban por la misma disposición.<sup>1</sup> Como órgano director de ámbito nacional se creaba la Junta Nacional Carlista de Guerra, con sede en Burgos. Un esquema organizativo que, de estructura similar al anterior, resultaba en la práctica más jerarquizado y menos representativo.

Sin embargo, la nueva etapa que se abría con el decreto de unificación de 19 de abril de 1937 no tenía parangón con ninguna de las hasta entonces vividas por el carlismo; no existían ni antecedentes ni modelos organizativos para enfrentar la situación de desaparición legal como partido político que suponía su integración, con todos sus elementos y organizaciones, en FET y de las JONS, entidad política de nueva factura concebida a modo de los partidos únicos de los regímenes totalitarios en boga en la Europa de los años treinta. Situación difícil, más aún en medio de una guerra en la que, mientras durase, los carlistas se encontraban implicados ideológicamente y comprometidos militarmente con la autoridad de Franco.

Inviabile una postura de rebeldía abierta, se dibujaron dos opciones ante los hechos consumados, reveladoras a su vez de dos concepciones del ser del carlismo. Una de ellas, representada por el Príncipe Regente, don Javier de Borbón-Parma,<sup>2</sup> y el Jefe Delegado, Manuel Fal Conde, defendía que la Comunión Tradicionalista, como depositaria de los principios que constituían el ser profundo de España y sustentadora de la legitimidad monárquica, debía mantener su personalidad política independiente y sus aspiraciones de restaurar la monarquía tradicional como solución al problema institucional español tras finalizar la guerra. Aunque disuelta legalmente como partido, la Comunión seguía existiendo en su jerarquía, el Príncipe Regente, encarnación de la autoridad monárquica, principio aglutinador de la lealtad carlista y garantía del sistema tradicional; y, alrededor de él, sus bases, que se debían mantener unidas y fieles, esperando el final de la guerra. Mientras tanto, desde la Jefatura Delegada se trataría de orientar, dirigir y preparar a los carlistas para la hora de la construcción del futuro Estado salido de la victoria militar.

Otra visión era la que principalmente defendían las autoridades carlistas navarras, con el conde de Rodezno a su cabeza. Favorables a la aceptación de la unificación, consideraban que, si bien ésta suponía la desaparición de la Comunión como partido político, permitiría una infiltración desde dentro del sistema de los principios carlistas en la sociedad española, un sistema que, se decía, iba a estructurarse, por primera vez en su historia, de acuerdo con las verdades religiosa, política y social defendidas por el carlismo. En el fondo, para las autoridades carlistas navarras de lo que se trataba era de no quedarse al margen de la configuración del nuevo contexto político, principalmente en el caso de Navarra, con la adopción de una política de oposición a la voluntad unificadora de Franco. Así, su apuesta por la colaboración

posibilitó al carlismo navarro liderar el partido único en la provincia y trabajar en la unificación como algo propio, asumido y controlado por ellos; una situación de excepcionalidad halagadora, que suponía un reconocimiento implícito de su arraigo e influencia política en Navarra, pero que contrastaba dolorosamente con la postergación de los principios y hombres carlistas, a favor del monopolio falangista, en la configuración del partido en el resto de provincias españolas. Un hecho que ahondó la falta de entendimiento entre la dirección nacional de la Comunión y dichas autoridades, propensas a actuar de forma autónoma —como ya se vio en los gestiones con Mola preparatorias de la sublevación—, conscientes de su influencia en la vida política navarra e imbuidas, en el fondo, de una conciencia de superioridad respecto a los carlistas de otras provincias españolas.

Finalizada la guerra, sin embargo, el desencanto ante el rumbo de creciente fascitización de las estructuras estatales se apoderó también del carlismo navarro. Su desalojo de la Jefatura Provincial (agosto de 1939) y el progresivo predominio falangista en FET y de las JONS de la provincia empujaron a los carlistas navarros al rescate de su propia personalidad política de la esfera de influencia del partido unificado. Como había ocurrido a nivel de la dirección nacional, también en el caso navarro fueron las antiguas autoridades y personalidades carlistas las que se constituyeron espontáneamente en punto de referencia y apoyo en el proceso de reconstrucción interna; así, parece que comenzaron a dirigir los asuntos de la Comunión navarra desde el Consejo de Administración de *El Pensamiento Navarro*.

Este diario carlista pamplonés, fundado en 1897 y perteneciente desde sus orígenes a la Junta Regional Carlista de Navarra, constituía una excepción dentro de la prensa carlista al haber evitado la confiscación por parte de FET y de las JONS mediante la ficción jurídica de titular su propiedad como sociedad anónima, bajo el nombre de «Editorial Navarra». Dada la desintegración interna de la antigua Comunión navarra y la dificultad de comunicación con las bases, el periódico, sujeto al régimen de censura pero no integrante de la prensa del Movimiento, y su Consejo de Administración se ofrecían como un instrumento excepcional para la labor de reconstrucción del carlismo navarro. De ahí la importancia que tenía el control de ese Consejo: por un lado, podía ser la tapadera para un órgano de dirección interna; por otro, al controlar la orientación ideológica del periódico, podía utilizarlo como instrumento que ayudara a mantener la vinculación de la dirección carlista con sus bases.

No es extraño, por tanto, que surgiera una pugna por el control de dicho Consejo de Administración entre las antiguas autoridades carlistas de la provincia y la dirección nacional. Para Fal Conde era muy importante estar representado en él para contrarrestar la influencia y labor políticas, vistas con gran prevención, que desde allí ejercía Rodezno en el carlismo navarro.<sup>3</sup> Era necesario, según Fal, conseguir que el periódico obrase con dependencia respecto a las autoridades nacionales de la CT y al servicio de sus orientaciones políticas y tácticas, caracterizadas, en ese

momento, por la no colaboración con el régimen franquista de partido único y la defensa de su proyecto de una Regencia Nacional, concebida como institución restauradora de los órganos de la sociedad tradicionalista y transmisora de la sucesión monárquica española con su doble legitimidad, dinástica e ideológica.<sup>4</sup>

La ocasión para intentar reanudar la dependencia de la CT navarra respecto a sus autoridades nacionales se presentó con ocasión del nombramiento en febrero de 1939 de una nueva Junta Regional; dado que *El Pensamiento Navarro* había sido desde su fundación propiedad de la Junta Regional, la existencia de este organismo podía precipitar la revisión de la posesión ficticia de las acciones y la consiguiente reestructuración de dicho Consejo de Administración, con la exclusión de algunas antiguas personalidades comprometidas con la unificación y enfrentadas con la línea oficial de la Comunión. La cuestión de este nombramiento venía arrastrándose desde que en julio de 1937 don Javier encargara a Joaquín Baleztena, como último jefe regional, la reorganización del carlismo navarro de acuerdo y bajo la autoridad de Fal. Y es que éste siempre la había condicionado al apartamiento de toda actividad interna carlista de Rodezno, Luis Arellano y Martínez Berasáin, a quienes consideraba máximos responsables de la actitud de rebeldía mantenida por el carlismo navarro frente a la autoridad de don Javier y la suya propia. Que casi dos años después todavía no se hubiera llegado a un acuerdo mostraba las dificultades del encargo, evidenciadas en la resistencia de Joaquín Baleztena y Martínez de Morentin, en labores de asesoramiento, a prescindir de esas personalidades y la cerrada oposición de Fal a todo intento de transacción.

Finalmente, con fecha de febrero de 1939, se constituyó la nueva Junta Regional, integrada por el jefe regional, un secretario, un director espiritual, cinco representantes de merindad, uno por cada una de ellas, y dos vocales representantes de la asociación de «Margaritas» y del Requeté. Encabezada por Joaquín Baleztena, persona de fuerte raigambre carlista, destacaba, sin embargo, la presencia muy significativa de tres oficiales de requetés, Jesús Elizalde, Carlos Ciganda y Narciso Ripa, personas jóvenes y, en el caso de los dos últimos, sin actividad política anterior, en la línea de la petición hecha a Baleztena por don Javier y Fal.

El recurso a ellos no obedecía tan sólo a su no implicación en el colaboracionismo con el régimen franquista; frente a los políticos «profesionales», curtidos en decenas de procesos electorales y habituados a los pactos tácticos, representaban otra concepción de la política. Su juventud, el desencanto de la política durante los años republicanos y el ascendiente que sobre ellos había tenido la figura de Fal Conde y la orientación militarista que éste había dado a las juventudes carlistas les habían empujado a posiciones de intransigencia y desprecio de los métodos transaccionistas de la política tradicional. Además, se encontraban alejados sentimentalmente de las viejas autoridades regionales carlistas y su clientelismo político, mucho más identificados con el modelo de organización política que parecía querer implantar el Jefe Delegado: un partido de fuerte cohesión interna (centralizado) y estructurado de

arriba abajo (jerarquizado), alejado de cualquier colaboracionismo con el ensayo totalitario, pero también de todo tipo de soluciones monárquicas de tipo alfonsino y, más tarde, juanistas. Para Fal, la solución monárquica carlista sólo tenía posibilidades de instauración si la Comunión mantenía su unidad y personalidad políticas; por ello, siempre receló de la lealtad a don Javier del sector colaboracionista encabezado, entre otros, por Rodezno, en el que siempre sospechó, bajo su concepción preferentemente ideológica de la CT, un juanismo encubierto –aunque fuera de signo tradicionalista.

Una sospecha arraigada también, en el caso del carlismo navarro, en dos sectores influyentes en la organización: el clero carlista y la oficialidad del Requeté, que, en el clima de desmovilización social y política de la posguerra, todavía conservaban en estos primeros años ciertos niveles de conexión interna y politización, necesarios para producir pronunciamientos colectivos. Unos pronunciamientos que, en ambos casos, se caracterizaron por su antiliberalismo y su clara posición beligerante frente a la dinastía alfonsina. Su petición a favor de una urgente designación de rey al frente de la Comunión apuntaba, ya a la altura de agosto de 1939, las dificultades con las que, desde un principio, topó el proyecto de Regencia Nacional de Fal y sus colaboradores a la hora de ser comprendido por amplios sectores del carlismo. Una incompreensión que, con el paso del tiempo, se convertirá en el factor de división interna más importante y persistente.

Al lado de estas cuestiones internas, en 1939 la vitalidad social del carlismo navarro se plasmó en varias iniciativas de proyección pública, caso de la creación del Museo de Recuerdos Históricos de Pamplona, la organización de la romería anual a Montejurra y la constitución de la Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz. Unas iniciativas que, a pesar de su alcance localista y su escasa significación política, ofrecían al carlismo tres cauces de manifestación pública, no intervenidos por el partido único, infrecuentes en el marco de desmovilización social y política de la posguerra.

Pero el peso de la guerra no terminaba con su herencia sentimental e ideológica; por un lado, la difícil renuncia al protagonismo alcanzado en la guerra por parte de la oficialidad carlista, por otro, la necesidad de la dirección nacional de aprovechar los cuadros y vínculos generados en torno al Requeté llevaron a intentar mantener viva cierta organización de las milicias. En el caso de Navarra, estos trabajos reorganizativos de los cuadros del Requeté (febrero-marzo de 1940) levantaron serios recelos entre los antiguos dirigentes y líderes carlistas, quienes veían en esa incorporación a la dirección provincial de estos nuevos elementos un intrusismo del Jefe Delegado, vulnerador de la autonomía del carlismo navarro. Para Fal Conde, en cambio, la colaboración de estos jóvenes se ofrecía como el principal puntal de su política; de ellos esperaba una actividad coordinada, disciplinada y dinamizadora, pero con sus elementos integrados en los organismos políticos ordinarios del partido, evitando una dualidad de autoridad. Sin embargo, la proclividad de algunos ele-

mentos del Requeté navarro a actuar al margen del liderazgo político, unida a los problemas de personalismos, desunión y falta de actividad entre ellos, fueron paralizándolo todo intento reorganizativo.

Mientras tanto, crecía el descontento ante la nueva Junta Regional, carente de la energía suficiente para imponerse a las antiguas autoridades, quienes continuaban ejerciendo un fuerte liderazgo entre los carlistas navarros debido a su influencia social y su posición en el Consejo de Administración de *El Pensamiento Navarro*. Una debilidad que se evidenció claramente con motivo de la renovación de la Diputación Foral en mayo de 1940, de cuyas gestiones quedó al margen dada la actuación independiente que, a espaldas de los demás miembros y obrando por cuenta propia, mantuvo el jefe regional, Joaquín Baleztena. El nombramiento del conde de Rodezno como vicepresidente de la Diputación navarra tampoco aliviaba el descontento de muchos carlistas; al contrario, demostraba que para muchos dirigentes del carlismo navarro Rodezno seguía siendo imprescindible. Junto a él, los otros carlistas designados fueron Amadeo Marco, por Aoiz, Javier Martínez de Morentin, por Estella, y Cesáreo Sanz Orrio, por Pamplona.

Con el asunto de la renovación de la Junta Regional en primer plano, Fal Conde requirió de sus personas de confianza en la provincia<sup>5</sup> la propuesta de nuevos nombres. Dadas las opiniones favorables recibidas sobre la capacidad política de Amadeo Marco, Fal encargó a Narciso Ripa, su hombre de confianza en la Junta, ponerse en contacto con Marco y el sacerdote Tomás Biurrun para ir diseñando el plan a seguir para la formación del nuevo organismo provincial; advertía de la necesidad de que los elegidos fueran personas de acción, representativos del sentir de cada merindad y de probada intransigencia doctrinal y no colaboracionismo político. Unos criterios que chocaban con la realidad dibujada por algunos colaboradores de Fal, que señalaban la desprotección económica en la que habían quedado algunos ex-combatientes y el éxito de políticas de atracción, como la llevada a cabo desde su cargo en la Diputación Foral por el conde de Rodezno, a través de ascensos, cargos y ventajas.

Un elemento nuevo, sin embargo, iba a frustrar esta proyectada reestructuración. La adhesión de varios antiguos oficiales de requetés navarros, entre ellos Amadeo Marco, a la iniciativa de un grupo de compañeros guipuzcoanos y vizcaínos en favor de un pronunciamiento oficial de la CT favorable a Alemania desencadenó la crisis. Con fecha 26 de junio de 1941, mediante una nota presentada en los consulados alemán e italiano de Pamplona, Amadeo Marco, Antonio Lizarza, Cesáreo Sanz Orrio, Juan Villanueva y Mario Ozcoidi ofrecían la colaboración del Requeté navarro en la lucha contra el comunismo ruso, iniciada días antes con el ataque de Hitler a la URSS. Una actuación que cuestionaba la decisión oficial de neutralidad adoptada por la Comunión y chocaba con el posicionamiento particular del Príncipe Regente, claramente antialemán.

Descartado Marco, y ante la dificultad de llegar a una propuesta de Junta consensuada que incluyera, como era el deseo de Fal, al lado de elementos del Requeté a

algunos miembros de la antigua Junta Central Carlista de Guerra –ante los que existía, al parecer, una gran animosidad–, se acordó la visita de José Luis Zamanillo a Navarra para encauzar la cuestión. Por fin, con fecha 10 de agosto de 1941 se nombraba la nueva Junta Regional, con Joaquín Baleztena como presidente de la misma. Sin embargo, pronto surgieron los problemas: en la misma reunión de constitución, ante Zamanillo como delegado especial del Jefe Delegado, se plantearon dudas sobre la licitud del procedimiento seguido en la designación de los vocales. Así Baleztena, como presidente, expuso la conveniencia de que fueran las merindades las que eligiesen a sus representantes, de acuerdo con la costumbre tradicional.

La respuesta de Fal llegó en forma de escrito: con la CT disuelta legalmente y prohibidas todas sus actividades de partido, no era posible ni prudente reorganizar la Comunión mediante representaciones conferidas por las bases; la desorganización y desinformación de las masas carlistas exigía una primera constitución de los órganos regionales para que fueran ellos, en un segundo momento, los que reconstituyesen los de ámbito local. A su juicio, lo prioritario era el restablecimiento de unos cuadros jerárquicos –antes que representativos– que aglutinasen y dirigiesen a las bases en el clima de confusión y desorganización imperante en la posguerra; y ello también en Navarra, donde tampoco sus masas escapaban de la desorientación general. En el fondo de la polémica lo que se escondía era una desconfianza mutua. Los antiguos líderes regionales se sentían amenazados y humillados por lo que consideraban un intrusismo de la Jefatura Delegada en los asuntos del carlismo navarro, acostumbrados en el pasado a una gestión interna autónoma y con tendencia a la autosuficiencia. Por otro lado, Fal Conde tenía una fuerte prevención política ante ellos, de ahí que buscara consolidar otros tipos de liderazgo internos distintos al tradicional –de base clientelar y fuerte influencia social–, más proclives a una integración del carlismo navarro en la Comunión como proyecto y organización política nacional, en definitiva, en una visión del carlismo más política –es decir, más disciplinada y jerárquica– y menos sociológica.

Así las cosas, no tardaron en surgir problemas y desencuentros. Pendiente el asunto de la propiedad de *El Pensamiento Navarro*, Fal decidió aprovechar la reorganización de la Junta Regional para propiciar un traspaso de la titularidad de las acciones del periódico. En carta a Joaquín Baleztena de diciembre de 1942 le encargó que, como presidente de la Junta, designase de entre sus miembros los nombres de los nuevos titulares. Ante ello, los accionistas se adelantaron y las pusieron a disposición de Joaquín Baleztena, «como antiguo jefe regional»; al acatar la autoridad de éste como último jefe regional, nombrado por don Jaime y confirmado por don Alfonso Carlos, implícitamente se la estaban negando como presidente de la Junta Regional, cuestionando la representatividad de este organismo y, de rebote, la autoridad de Fal Conde para intervenir en los asuntos carlistas navarros. Ante el propósito de Baleztena, como presidente de «Editorial Navarra» –no como presidente de la Junta Regional–, de traspasar las acciones a quienes él, «de acuerdo con el criterio de los



cedentes», considerara debían tenerlas, el gerente del periódico se negó a entregárselas. Desautorizado, Baleztena, tras señalar su solidaridad con los miembros del Consejo de Administración saliente, pidió a Fal Conde que le relevara de sus cargos y se prescindiera de su persona a la hora de proveer los órganos de dirección carlista de la provincia.

Otra cuestión pendiente dentro del carlismo navarro era la reorganización del Requeté; junto a un fuerte personalismo, las tensiones internacionales y el problema de colaboración con el régimen franquista propiciaron una variedad de posicionamientos muy difícil de reducir a una actuación disciplinada y unitaria. La desunión se plasmó en la pugna entre los antiguos dirigentes del Requeté de los años republicanos (Antonio Lizarza, Esteban Ezcurra, Juan Villanueva, Amadeo Marco, Benito Santesteban, ...) y los oficiales requetés surgidos en la guerra. A pesar de la desautorización de los más significados entre los primeros por su posición a favor de Alemania y de la proximidad de algunos de ellos a las autoridades provinciales del régimen, en la práctica resultaba casi imposible prescindir de su presencia, dado su arraigo entre los antiguos combatientes de los pueblos, herencia de la formación del Requeté durante la II República. Frente a ellos, los grados formados en el frente representaban dentro de los requetés navarros el sector más intransigente con el ensayo totalitario y más identificado con las directrices dadas a la Comunión por Fal Conde; partidarios de medidas radicales, se oponían a cualquier intento de reorganización que diese a los primeros la jefatura militar de los requetés navarros. Fue en el seno de este sector, iniciativa particular de Juan Elizalde Viscarret respaldada por cincuenta y nueve firmas, donde surgió, en la primavera de 1942, una embrionaria organización de la juventud carlista de Pamplona, volcada en actividades de propaganda. Entre sus citas, las dos romerías a Montejurra de mayo y septiembre y la subida en agosto al monasterio de Aralar organizada por los supervivientes del tercio de San Miguel.

Pero al lado de estas iniciativas propias y de alcance principalmente interno, el carlismo navarro mantenía otro frente de actividad pública, fruto de su fuerte presencia en los órganos de dirección provincial. Aunque desconectados disciplinariamente en su actuación de las autoridades de la Comunión, la significación carlista de sus representantes otorgaba a su labor un especial cariz político ante las masas navarras. Y es que en su particular *modus vivendi* con el régimen franquista, la actuación carlista constituyó en muchas ocasiones la principal oposición política al régimen, aunque desde posturas de solidaridad ideológica con él. Así ocurrió en octubre de 1942, con la crisis abierta en el Ayuntamiento de Pamplona tras la destitución del alcalde y los concejales carlistas de la corporación, al darse de baja de FET y de las JONS como protesta ante el atentado falangista de Begoña.<sup>6</sup> Una actitud bien recibida por los carlistas navarros y acompañada por gestiones de la Junta Regional —presidida desde septiembre de este año por Jesús Elizalde— para lograr el abandono de todos los delegados locales de FET y de las JONS de adscripción carlista.

Sin embargo, tampoco ahora se consiguió una actuación unánime, y esta postura rupturista se vio neutralizada por la de los partidarios de colaborar con el régimen. A requerimiento del gobernador civil, Ignacio Baleztena y Amadeo Marco visitaron a numerosos carlistas y recabaron su incorporación al nuevo ayuntamiento para evitar que ocupasen esos cargos los elementos de Falange, lo que lograron tras vencer algunas resistencias. Un modo de proceder al margen de la Junta Regional, tanto a la hora de dimitir como a la de aceptar los cargos, que dejaba al descubierto la falta de autoridad y disciplina que aquejaba al carlismo navarro desde los tiempos de la guerra. Un problema que muchos consideraban era fruto de la inacción que se vivía en el seno del carlismo navarro, de lo que culpaban a la Junta Regional, muy condicionada por su propósito de evitar escisiones y mantener la apariencia de unidad entre los distintos sectores.

En efecto, poco partidaria de orientaciones tácticas que pudieran ocasionar un enfrentamiento con las autoridades gubernativas de la provincia y acentuar el alejamiento de las personalidades del viejo carlismo navarro de la autoridad de la Junta Regional, sus miembros mostraban poca fe en la eficacia y conveniencia de la celebración de actos políticos populares que pudieran comprometer y desprestigiar al carlismo ante la sociedad y las autoridades. Unos planteamientos que chocaban con el hambre de activismo, como elemento dinamizador y de cohesión interna, del llamado sector «falcondista». <sup>7</sup> De ahí la crisis interna ocasionada por la celebración, el 11 de julio de 1943, de un acto político carlista en Pamplona, iniciativa de Juan Elizalde. Celebrado a pesar de la prohibición del Gobierno Civil, la escasa afluencia de carlistas –unos doscientos, casi todos procedentes de los pueblos, pues en la capital parece fueron obedecidas las consignas de la Junta de no acudir– y la detención y destierro de su principal organizador puso en evidencia la desunión y debilidad del carlismo navarro.

El detonante de la crisis, en cambio, no fue tanto esa conducta indisciplinada del sector falcondista como la participación en el acto de elementos carlistas de fuera de Navarra, todos ellos muy próximos e identificados con la Jefatura Delegada, lo que la Junta interpretó como una intromisión. Ante la queja de ésta, los representantes de las otras regiones venidos al acto defendieron el criterio de la necesaria colaboración interregional en favor de una mayor presencia pública carlista en la vida española; e insistían en que Navarra no podía sustraerse a la conveniencia general de la Comunión. Un desencuentro de sensibilidades políticas –que no ideológico– que descansaba en concepciones distintas de la actividad y liderazgo políticos, y, en definitiva, en dos modelos diferentes de concebir la Comunión: frente a las pretensiones de autonomía y autosuficiencia de los dirigentes navarros, el afán centralizador que implicaba el proyecto de Fal Conde y la dirección nacional.

En este confuso marco sentimental, el tema de la unidad entre las distintas sensibilidades carlistas se convirtió en el gran problema del carlismo navarro. Y ello a pesar de la voluntad mostrada en numerosas ocasiones por el Jefe Delegado de atraer

y mantenerlas a todas ellas dentro de la disciplina de la Comunión y de los deseos de los sectores carlistas navarros –aún los más críticos con la dirección de Fal Conde– de no separarse de ésta. Sin embargo, ante la disminución creciente de partidarios del proyecto oficial, la dirección nacional fue apoyándose en un sector cada vez más reducido de colaboradores, principalmente entre el clero y la juventud carlistas –aunque también en ellos las posiciones oficiales del proyecto de Regencia habían retrocedido–, lo que le llevó a tener que recurrir a algunos jefes carlistas de otras provincias para las labores reorganizativas de la Comunión navarra. Este fue el caso de Joaquín Purón, carlista destacado de La Rioja, encargado, como inspector de Requetés de Navarra, de poner en marcha la todavía pendiente organización de las milicias carlistas.

Una situación de existencia conjunta de autoridades delegadas y regionales que propiciaba suspicacias y malentendidos, pues era bastante frecuente que se dieran órdenes y se tramitasen consultas por conductos distintos y con desconocimiento de la Junta Regional. Una posición desairada la de ésta, sin duda, que daba pie a actitudes indisciplinadas y obstruccionistas de elementos del sector falcondista más popular, muy crítico con las autoridades navarras, a las que acusaba de proclividad juanista y ante las que alimentaba un cierto rencor de clase. Sospecha de juanismo que, por otra parte, también albergaba el Jefe Delegado, contrario a la convicción, expresada por la Junta navarra, de la necesidad de reunión de una Asamblea carlista para designar al rey.

Mientras tanto, los elementos más politizados entre las bases carlistas eran solicitados desde dos frentes: del lado falcondista, para su incorporación a las incipientes estructuras organizativas militares en las que, hacia abril de 1944, se habían plasmado los trabajos reorganizativos del Requeté; por otro lado, por las campañas de captación de los carlosoctavistas –carlistas muy próximos al régimen de Franco que, separados de la disciplina de la CT, propugnaban a Carlos VIII como rey–, entre cuyos seguidores se encontraban, entre otros, nombres como Amadeo Marco, Jaime del Burgo y Antonio Lizarza. Dos frentes que representaban las dos posturas extremas de la inserción del carlismo en el régimen: ante la colaboración de los carlosocavistas en cargos del partido único, los trabajos propagandísticos llevados a cabo clandestinamente por jóvenes requetés –pegada de pasquines, pintadas, colocación de letreros, ...– y sus enfrentamientos con jóvenes falangistas en las calles, actividades que a menudo acababan con detenciones, multas y destierros. Medidas denunciadas por los carlistas mediante octavillas clandestinas y contrarrestadas por la organización del Socorro Blanco en apoyo de los detenidos, multados y desterrados.

Pero este activismo no podía esconder el problema de liderazgo que se vivía en el carlismo navarro. Desilusionados por la resistencia de Fal Conde a convocar la Asamblea Carlista que designase al rey, poniéndose así fin a la orfandad monárquica que, a su juicio, paralizaba la actividad política de la Comunión, los miembros de la Junta Regional navarra presentaron colectivamente su dimisión –noviembre de

1944—. Aceptada ésta, el nombramiento de una nueva Junta se ofrecía dificultoso; el sucesivo apartamiento de la Comunión de los carlistas navarros de más prestigio personal y político hacía muy difícil la búsqueda de una dirección capaz y con autoridad. Una dirección que tampoco cabía buscar en el grupo de colaboradores navarros de la Jefatura Delegada, cada vez más exiguo y de menos relieve político. Así, y en espera de nueva designación de Junta Regional, Cruz Ancín, como delegado regional de Requetés con carácter provisional, se convirtió en el representante oficial más calificado de la Comunión Tradicionalista en Navarra, sin otra dependencia que la Delegación Nacional (José Luis Zamanillo) e Inspección Regional de Requetés (Joaquín Purón). La descomposición orgánica de la organización carlista navarra era evidente.

Ante la inexistencia de órganos de dirección política, ni en el nivel local ni en el regional, la actividad interna de la Comunión giraba en torno a los trabajos reorganizativos de designación de jefes locales y de merindad desplegados por el sector Requeté, al que había quedado limitado la posición oficialista o falcondista. Gestiones difíciles en un clima de sospecha permanente y creciente radicalización, en el que cualquier duda o planteamiento político divergente era tachado de deslealtad, con una criba constante de colaboradores y un desprecio e incapacidad política manifiestos. Mientras, el carlismo seguía presente en la vida política navarra a través de la significación personal carlista de numerosas autoridades y cargos públicos, que, aunque desconectados de la disciplina de la Comunión, caso de antiguos líderes del partido y de los carlistas unificados —en su mayoría en la disciplina de Carlos VIII—, seguían representando un rostro carlista ante la población navarra.

La desilusión creciente ante la paralización política que se vivía en la Comunión, encastillada en su proyecto, ineficaz y doctrinario, para muchos, de Regencia Nacional, acabó llegando hasta el mismo seno de los colaboradores directos de Fal Conde en la dirección nacional. Fue Mauricio de Sivatte, jefe regional de Cataluña y muy ligado a Navarra, quien, en su deseo de forzar a don Javier a que asumiera un liderazgo más activo de la causa carlista, sugirió la idea de celebrar una gran concentración en Pamplona como ocasión para una aparición pública de Fal y del Príncipe Regente, de efectos revitalizadores y propagandísticos. Un acto que daría estado oficial a la entrada de don Javier en España y a la ruptura del confinamiento de su Jefe Delegado en Sevilla, por tanto, de claro alcance político como muestra de fuerza ante el régimen franquista.

Dadas las grandes expectativas cifradas en la concentración, el sector falcondista navarro se volcó en los trabajos preparatorios y en las tareas de propaganda, principalmente por los pueblos, a fin de reunir el día 3 de diciembre de 1945 en Pamplona al mayor número de carlistas posible. Una actividad que dinamizó a la Comunión navarra y que causó la alarma de las autoridades gubernativas, quienes recurrieron al carlismo carlosoctavista, muy implicado en las estructuras del partido unificado, para hacer fracasar la convocatoria. Y ello mediante la combinación, por un lado, de

medidas gubernativas –instrucciones y órdenes a los transportistas– y medidas policiales –control de carreteras los días previos–; y por otro, de actividades de contra-propaganda e intoxicación política, que, con apoyo oficial, llevaron a cabo elementos carlos-octavistas. Fueron éstos quienes, intentando boicotear los actos programados, provocaron los incidentes que tuvieron lugar en la Plaza del Castillo, que se saldaron con varios heridos de bala y multitud de detenciones. Unos hechos que evidenciaron las divisiones internas del carlismo navarro; así, la concentración tropezó con la indiferencia y descontento de los antiguos dirigentes carlistas regionales, que se mantuvieron totalmente al margen, y la oposición decidida de los colaboracionistas, partidarios de la solución carlos-octavista, en los que se apoyaron las autoridades gubernativas. Aparte de ello, la sanción política más fuerte fue el cierre del Círculo Carlista de Pamplona, que ya no se reabrió.

Sin cumplirse las expectativas de Sivatte –pues no se produjo la comparecencia pública de Fal y de don Javier–, sin embargo quedó de manifiesto el poder de convocatoria que entre las bases carlistas navarras despertaba su presencia. Prueba de la fuerza aglutinadora e identificativa que la figura y principio monárquico tenía entre ellas, suponía un relativo éxito de la capacidad movilizadora del sector falcondista, en contraste con su manifiesta incapacidad de dirección política. Justo lo contrario que ocurría en el caso de los antiguos dirigentes regionales, de fuerte prestigio social y político, pero alejados del sector de las bases más politizado y menos integrado en el régimen –por ello más propenso a ser movilizad–, incapaces de canalizar su antifranquismo y antijuanismo.

Sea por escrúpulos de lealtad monárquica, sea por conciencia de la debilidad de su prestigio político al margen de las estructuras de la Comunión, no siguieron a Rodezno, a pesar de su solidaridad personal y política con él, en su transbordo a las filas de don Juan de Borbón en febrero de 1946. Tan sólo Luis Arellano y Juan Angel Ortigosa, entre los carlistas navarros, le acompañaron en ese viaje. Ocasión que el sector oficialista del carlismo navarro aprovechó para descalificarle ante la opinión carlista de la provincia. Y es que eran muchas y antiguas las sospechas y recelos, junto a los sentimientos de animadversión personal, que desde hacía años el poder e influencia del Conde de Rodezno venían suscitando en algunos sectores, principalmente populares, de la Comunión navarra. Sin embargo, parece que entre sus seguidores y ante la mayoría de la sociedad navarra, incluidos los sectores menos políticos del carlismo, su prestigio e influencia carlistas permanecieron inalterables.

Prestigio e influencias socio-políticas, por un lado, funciones delegadas, por otro, que no podían llenar el vacío de poder existente dentro de la organización. Sin órganos de dirección política ni jefes de nombramiento oficial, sólo quedaba el liderazgo y actividad de un pequeño grupo de personas, de escaso relieve social y nula representatividad política, que, en contacto con la Jefatura Delegada y en medio del abandono general, trataban de mantener el carlismo javierista navarro vinculado y ensamblado a la Comunión Tradicionalista nacional y sus jerarquías.

Una prueba de su falta de autoridad en los asuntos carlistas lo constituía el proceder independiente de la disciplina de la Comución de *El Pensamiento Navarro* y su Consejo de Administración; una actitud que para unos era un modo de sostener el periódico, con su significación carlista, por encima de tendencias y personalismos, y para otros, en cambio, equivalía a deslealtad y rebeldía ante las autoridades legítimas. Polémica que adquirió relieve público cuando, en el número extraordinario editado con ocasión de la celebración de las bodas de oro del diario, en octubre de 1947, al historiar la vida de la Comución Tradicionalista se omitió, de manera flagrante, todo tipo de referencia al Príncipe Regente don Javier y a su Jefe Delegado; una mutilación histórica y política demasiado significativa, que acarreó duras críticas al periódico y a su director, López Sanz, acusado de proclividad juanista.

Decidido a dar un mayor respaldo a sus colaboradores en Navarra, Fal Conde procedió, en noviembre de 1947, a la tan demandada constitución de la Junta Regional, inexistente desde 1944, cuando dimitió en bloque la anterior. Presidida por Mariano Lumbier, estaba integrada por cinco miembros, todos ellos del sector oficialista, sin más representatividad que la de su lealtad a las directrices de las autoridades centrales de la Comución ni más apoyo que el respaldo de Fal Conde; lejos ya, a fuerza de necesidad, los tiempos de propuestas consensuadas y representativas del sentir de las merindades. La no aceptación de uno de los nombrados, sin embargo, planteó nuevas dificultades.

Mientras, el carlismo navarro seguía participando en la vida política provincial a través de la presencia en las principales instituciones de elementos unificados (carlos-octavistas) y del sector «rodeznista». Una actividad política, desconectada de disciplinas internas y con origen en prestigios individuales, que le permitía seguir manteniendo su influencia en la sociedad navarra y que, por otra parte, propiciaba acercamientos políticos entre antiguos correligionarios. Así ocurrió con ocasión del contrafuero planteado en agosto de 1948 por el gobernador civil Juan Junquera, en su intento de someter políticamente la actividad de la Diputación. Un ataque que suscitó la reacción solidaria de todos en defensa del régimen foral y propició, por un momento, la confluencia de los carlistas de las diferentes familias en una actuación común. Un acercamiento puntual que naufragó ante las elecciones municipales al Ayuntamiento de Pamplona, cuando los carlistas «rodeznistas» decidieron presentar una candidatura alternativa a la oficial –elaborada con la participación del carlismo unificado– para la elección de concejales del tercio de representación familiar.

Sin embargo, fueron los favorables resultados obtenidos en ambas cuestiones –asunto del contrafuero y de la oposición al gobernador civil en las elecciones municipales– los que, junto a la apertura del proceso de renovación de los principales órganos administrativos de la provincia (Diputación y Consejo Foral), robustecieron la corriente ya existente en favor de una recomposición de la unidad interna de los sectores javieristas en torno a la Comución. Claro testimonio de la necesidad que las organizaciones políticas tienen de la existencia de un cierto nivel de actividad

política pública, con sus efectos de reanimación de las bases y activismo vertebrador, como requisito para su cohesión interna.

Dispuesto a no perder la iniciativa y el control del proceso de reunificación del carlismo navarro en favor del grupo rodeznista, Fal Conde se esforzó en subrayar su liderazgo y autoridad. Así, anunció su viaje a Navarra para acometer la constitución de la Junta Regional, fracasado el anterior nombramiento de noviembre de 1947 por la no aceptación de dos de los cinco designados. Mientras, recordaba a Mariano Lumbier, jefe regional y encargado de los trabajos preparatorios, los criterios y límites que debían observarse en el proceso de recomposición de la unidad: se trataría de agrupar a todos los que apartados de la organización no hubieran contraído compromisos políticos que comprometieran su lealtad al príncipe don Javier. Para encabezar este intento reunificador se señalaba la conveniencia de recurrir a Joaquín Baleztena, con su significación política tradicional. Propósitos todos ellos que, a pesar de la venida en agosto de 1949 de Fal a Navarra, quedaron atascados ante la desilusión y apatía generalizadas.

La situación del carlismo navarro al final de 1949, basculaba, pues, entre la incapacidad de sus líderes y la despolitización de sus masas, ante las que se estrellaban todos los intentos reorganizativos y reunificadores. Un análisis que no escapaba a las autoridades gubernativas. Así, tras señalar la obediencia de los elementos carlos-octavistas a la disciplina del partido único, la inactividad del sector falcondista, y la apariencia de eficacia política del grupo rodeznista, basada en vínculos de relaciones personales y prestigios sociales, concluían:

Ninguno de los grupos anteriormente señalados dispone de una masa homogénea, organizada y disciplinada. Normalmente [...] especulan con la misma masa y con los mismos hombres: la masa permanece completamente al margen de toda acción política y tiene exclusivamente puesta su atención y sus preocupaciones en la vida cotidiana.

Una preocupación por las masas carlistas justificada—sobre todo tras 1948, abierta la vía peculiar de elecciones por tercios para proveer los cargos municipales—, no en vano era su arraigo popular el que había garantizado al carlismo navarro su constante y fuerte presencia en las instituciones locales y provinciales. Unas masas, en su mayoría rurales, que, poco politizadas, tradicionalmente acostumbraban a responder en las consultas electorales con una acusada disciplina de voto, en una demostración y ejercicio de identidad colectiva. Y aunque la desvertebración interna de la organización carlista fuese evidente a niveles organizativos provincial, regional y nacional, en el plano local seguía persistiendo el liderazgo «caciquil» de los carlistas notables de los pueblos. De ahí la preocupación.

Sin embargo, el impacto en esa identidad colectiva carlista popular de realidades como la implicación ideológica con la guerra, la vinculación política y afectiva de muchos carlistas con el caudillaje de Franco y la imposibilidad de manifestarse políticamente de manera organizada, era evidente: la acentuación de las señas sociológicas —ingredientes religioso y sentimental— en detrimento del contenido político y

organizativo. Consecuencia de este proceso de despolitización y desvertebración interna, la falta de comunicación entre las bases y sus líderes provinciales reforzó la dinámica localista característica del carlismo rural, lo que propició la inmersión de las bases carlistas navarras en la realidad política configurada por el régimen. Así lo indicaba la destacada participación carlista en las instituciones administrativas municipales. Cargos de nombramiento gubernativo –hasta 1948–, la presencia de carlistas en ellos constituía un testimonio significativo de la debilidad y fortaleza del carlismo navarro: debilidad porque, sin más representatividad en los cargos que la dada por la autoridad gubernativa, reflejaban la obligada sumisión del carlismo al régimen; fortaleza porque su designación significaba un reconocimiento implícito de la necesidad de contar con ellos para la gobernación de la provincia.

Una situación que empezó a verse alterada con la apertura, tras 1948, de un cierto cauce de participación electoral para la provisión de los cargos de concejales por el tercio de representación familiar. La recuperación de una, aunque condicionada, actividad política propició una dinamización interna que arrastró a dirigentes y bases carlistas a procesos de reunificación y vertebración organizativas. Prueba, una vez más, de la necesidad de un ámbito de ejercicio político para el mantenimiento de estructuras políticas organizadas. En este sentido, la presencia, fruto de procesos electivos, de elementos carlistas insolidarios con FET y de las JONS en el Ayuntamiento de Pamplona y, principalmente, en la Diputación Foral –caso del tandem José Angel Zubiaur y Jesús Larrainzar, años 1950 y 1951– imprimió un tono de oposición política a la actuación de estos organismos en sus relaciones con el partido y sus jerarquías, que revitalizó la vida oficial provincial. Sus iniciativas públicas a favor de la reapertura del Círculo Carlista de Pamplona con su personalidad política no intervenida por el partido único, en las que consiguieron el apoyo de sectores no carlistas, sirvieron al carlismo para recuperar protagonismo y a sus hombres para encabezar una labor de oposición política, que, ante ciertos sectores, revalorizaba su papel en la provincia. Y ello a pesar del fracaso final de esas iniciativas.

Conscientes de la profunda crisis organizativa del carlismo navarro, incapaz de administrar sus propias fuerzas, y de la necesidad de una organización política que respaldase la actividad de los carlistas en las instituciones provinciales, Zubiaur y Larrainzar demandaron de don Javier la constitución de una Junta Regional representativa y la designación de rey carlista. Insistían que, sin rey y sin partido, el carlismo quedaba reducido a una teoría política. Una perspectiva reduccionista que resultaba frustrante en Navarra, donde el carlismo tenía una larga y exitosa experiencia de gestión política en las principales instituciones provinciales, basada en un alto nivel organizativo y una importante capacidad de movilización electoral de sus masas. Y es que, celosos de su arraigo social y político, los carlistas navarros no ignoraban que, sin masas y sin cuadros organizativos, les sería muy difícil seguir participando en la dirección político-administrativa de la provincia.

En efecto, a diferencia de lo que pudiera ocurrir al carlismo en otros lugares, en



Navarra los carlistas sí tenían unas posiciones políticas que defender; no en vano habían hecho del mantenimiento de la peculiar situación de Navarra, basada en su régimen foral, objetivo primordial, en la práctica, de su actuación política, conscientes de la dificultad de implantar el Estado monárquico tradicional que defendía la Comunión Tradicionalista como máximo ideológico. Una actitud que despertaba serios recelos en la dirección nacional de la Comunión, en la que veía una muestra del, para ellos, «funesto navarrismo» de las autoridades carlistas navarras tradicionales.

En este clima de confluencia a favor de la unidad, la venida de Fal Conde a Navarra –septiembre de 1951– dejó dibujadas las líneas reorganizativas: postergación de los carlosoctavistas y aproximación al sector rodeznista leal a don Javier –sólo Rodezno, Luis Arellano y Juan Angel Ortigosa habían reconocido a don Juan–; como elemento de unión, Joaquín Baleztena, al frente de la Jefatura Regional. Fruto de gestiones posteriores, y animados por la proximidad de las elecciones municipales convocadas para el mes de noviembre, quedó integrada de modo temporal una comisión de unión carlista, que recuperaba para la actividad de la Comunión a antiguos elementos alejados voluntariamente de su disciplina oficial.

Un acuerdo electoral entre rodeznistas y falcondistas que se vio alterado por las gestiones entabladas por las autoridades gubernativas con los elementos más moderados del rodeznismo, conducentes a la elaboración de una candidatura conjunta protegida para el Ayuntamiento de Pamplona. Una posibilidad rechazada por parte del sector carlista contrario a toda colaboración con las autoridades del régimen, integrado, bajo la jefatura de Baleztena, por falcondistas y el grupo más radical del rodeznismo. De esta manera, la opinión carlista de Pamplona quedó disgregada en dos candidaturas: la candidatura oficial, protegida, representante de la opinión conservadora de la ciudad, y la candidatura del carlismo radical, de signo claramente opositor. Una división entre elementos moderados y radicales que, más allá de señalar los límites del recién ensayado proyecto de reunificación carlista, reflejaba, antes que nada, dos formas de concebir la actividad política del carlismo dentro del régimen franquista. Y en ambos casos, como en el de los carlistas unificados (carlosoctavistas), en nombre de los principios y sentimientos del carlismo, patrimonio ideológico e histórico del que todos ellos participaban.

Un patrimonio que sin la mediación de una organización partidista, entendida como actividad y disciplina políticas, que lo gestionase y actualizase acababa siendo reducido a una concepción doctrinaria inoperante, favoreciendo las actuaciones políticas particulares y subjetivas de los notables carlistas, por un lado, y la inmersión de las masas en el sistema imperante, por otro. De ahí la importancia que, al abordar el estudio del carlismo político, se ha dado al devenir histórico de su plasmación política organizada, bajo la denominación de Comunión Tradicionalista o Partido Carlista. Atención aún más justificada en el caso de Navarra, donde su carácter popular y la participación de las bases en las estructuras organizativas restaba a éstas parte de la artificiosidad característica de los partidos políticos clásicos –no de

clase—, articulados a partir de liderazgos basados en prestigios personales e influencias socio-económicas y prácticas caciquiles.

Una interrelación elites dirigentes/bases populares, todavía por estudiar, que durante los años de la posguerra reseñados plantea serios interrogantes; éste es el caso de la subversión de algunos sectores populares, provenientes del Requeté, frente a sus líderes políticos naturales, que a veces parecía obedecer más a motivos de resentimiento y oposición de clase que a motivaciones políticas internas. Y junto a ello, las cuestiones que plantea el tema del «navarrismo» de los políticos carlistas de la provincia y su dificultad para percibir su actuación en el plano del carlismo español; un proceder, fruto más de una postura pragmática que ideológica, criticado, sin embargo, por los sectores carlistas navarros más radicales, que veían en él una de las principales razones del conservadurismo social y político del carlismo en Navarra. En definitiva, interrogantes que remiten al tema de la convivencia en tensión dentro del carlismo de conservadurismos y radicalidades y su repercusión en las relaciones entre dirigentes y bases carlistas.

## NOTAS

- \* Este texto fue concebido para servir de base a una intervención oral, de ahí su escaso y limitado aparato crítico de notas y la ausencia de referencias a las fuentes.
1. Para entonces ya existía la titulada Junta Central Carlista de Guerra de Navarra, surgida de forma espontánea y con independencia de las juntas Regional y Nacional en la noche del 19 al 20 de julio de 1936.
  2. El 28 de septiembre de 1936 falleció en Viena don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, el legítimo rey de España para el carlismo y caudillo de la Comunión Tradicionalista, que había sido proclamado el 10 de octubre de 1931, a la muerte de su sobrino y anterior rey don Jaime de Borbón. Con su muerte, desaparecían los descendientes varones directos de la dinastía carlista. Ante la orfandad monárquica en la que iba a quedar la Comunión, el 23 de enero de 1936 don Alfonso Carlos dictó un decreto instituyendo la Regencia en la persona de su sobrino don Javier de Borbón-Parma, para «regir en el interregno los destinos de nuestra santa causa y proveer sin más tardanza que la necesaria la sucesión legítima de mi dinastía, ambos cometidos conforme a las leyes históricas y principios de legitimidad que ha sustentado durante un siglo la Comunión Tradicionalista». La Regencia presidió la vida del carlismo hasta 1952, en que finalizó al ser proclamado rey don Javier de Borbón.
  3. En el primer Consejo nombrado tras constituirse la sociedad, el reparto de las acciones era el siguiente: Rodezno poseía casi un tercio del total de 600; Luis Arellano Dihinx, cerca de 150; Javier Agudo, Juan Echandi y los hermanos Joaquín e Ignacio Baleztena reunían aproximadamente 50 cada uno; y el resto se repartía entre pequeños accionistas.
  4. Parece claro que la elaboración de esta teoría estuvo marcada más por una necesidad práctica que por una preocupación doctrinal de lograr una síntesis tradicionalista de acceso al poder, alejada tanto de las monarquías parlamentarias como de los regímenes totalitarios. Sin un rey propio que presentar a Franco y la sociedad española, sin posibilidad de implantar su ideario político por la fuerza de las armas, invalidado todo acceso al poder de carácter democrático, Fal Conde trató de aprovechar las circunstancias para tratar de involucrar a Franco en un proceso de instauración monárquica que, controlado por la CT, alejase la posibilidad de una subida al trono de don Juan, colocado en él bien por un golpe de fuerza militar, bien por presiones del extranjero.
  5. Por estas fechas los principales colaboradores de Fal Conde en Navarra eran: entre el clero, Jesús Yáñez, Tomás Biurrún, el padre Barbarin, Bruno Lezáun y Macario San Miguel; por otro lado, Jaime del Burgo, Narciso Ripa, Francisco Armisén, Francisco López Sanz, Gabriel Larreta, Miguel Angel Astiz y Juan Elizalde Viscarret. Por lo menos esto es lo que parece desprenderse de la correspondencia epistolar mantenida durante el año 1940 por el Jefe Delegado, dirigida casi exclusivamente, en el caso de Navarra, a estas personas.
  6. El día 16 de agosto del año 1942, a la salida de la ceremonia religiosa en sufragio de los requetés muertos en la guerra pertenecientes al tercio Nuestra Señora de Begoña, celebrada en la basílica de dicho nombre, un grupo de falangistas lanzó dos bombas de mano en medio de la multitud asistente, provocando una de ellas, al estallar, un centenar de heridos entre los concentrados en la explanada delante de la puerta de la iglesia. Entre los asistentes al acto se encontraba el ministro del Ejército, general Enrique Varela, el subsecretario de la Gobernación, Antonio Iturmendi, y las principales autoridades provinciales. La presencia del ministro del Ejército, contrario a los países del Eje y la posibilidad de una intervención militar española en la guerra europea, dio pie a que el atentado falangista contra los carlistas adquiriera una nueva dimensión; Varela lo interpretó como un ataque a su persona, desenlace final de las tensiones que desde meses antes se vivían entre Falange y el ejército por el control del poder dentro del régimen. De ahí la crisis política que se abrió en el seno del Gobierno. Para los carlistas, sin embargo, el hecho supuso la confirmación de la imposibilidad de una colaboración con la Falange, o lo que era lo mismo, con el partido único.
  7. Calificación con la que desde sectores del régimen franquista y del mismo carlismo se denominaba a los seguidores de la línea oficial adoptada por la CT; era utilizada con cierta carga peyorativa para desprestigiar a la Comunión, en el primero de los casos, al presentarla como un partido de características personalistas, y a la figura del Jefe Delegado, en el segundo de ellos, presentando su liderazgo con caracteres dictatoriales. Al margen de intencionalidades, era cierto que, como señala Alberto Ruiz de Galarreta, el estilo de caudillaje en boga en Europa, la ausencia de rey en el carlismo y la actitud de intransigencia de Fal Conde frente a Franco, habían contribuido a una exaltación exagerada de la figura del Jefe Delegado y contagiado a la Comunión de un ambiente personalista.

## Bibliografía

- BLINKHORN, Martín (1979), *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica.
- BLINKHORN, Martín (1988), «Algunas consideraciones sobre el carlismo Navarro», en Primer Congreso General de Historia de Navarra, 5. Comunicaciones. Historia Contemporánea, *Príncipe de Viana*, anejo 10, pp. 67-71.
- BORBÓN-PARMA, M<sup>a</sup> Teresa, CLEMENTE, Josep Carles y CUBERO, Joaquín (1997), *Don Javier; una vida al servicio de la libertad*, Barcelona, Plaza Janés.
- BURGO, Jaime del (1970), *Conspiración y guerra civil*, Madrid, Alfaguara.
- CASPISTEGUI, F<sup>o</sup> Javier (1997), *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo 1962-1977*, Pamplona, EUNSA.
- CASPISTEGUI, F<sup>o</sup> Javier (1997), «La utopía de la identidad unitaria: Navarra y el carlismo», en *Investigaciones Históricas*, 17, pp. 285-314.
- CLEMENTE, Josep Carles (1994), *El carlismo en la España de Franco (Bases documentales, 1936-1977)*, Madrid, Fundamentos.
- UGARTE TELLERÍA, Javier (1998), *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LIZARZA IRIBARREN, Antonio (1954, 3<sup>a</sup>), *Memorias de la conspiración, 1931-1936*, Pamplona, Gómez.
- MIRANDA, Francisco, GAITA, Ricardo, SANTAMARÍA, Jesús y MAIZA, Carlos (1990), «La oposición dentro del régimen. El carlismo en Navarra», en TUSELL, Javier, MATEOS, Abdón y ALTED, Alicia (coords.) *La oposición del régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación, Actas del Congreso Internacional organizado por la UNED, 19-22 octubre, 1988*, tomo I, vol. 2, pp. 469-480.
- SANTA CRUZ, Manuel de, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español 1939-1966*, Madrid, 1979-1993, 32 vols. (28 tomos y un índice temático).
- VÁZQUEZ DE PRADA, Mercedes, CASPISTEGUI, F<sup>o</sup> Javier, RÍPODAS, Adriana y RUIZ, Rosario (1992), «El franquismo en Navarra y la crisis del carlismo: una aproximación a través de las fuentes orales», en *I Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Barcelona, 1992, pp. 73-76.
- VÁZQUEZ DE PRADA, Mercedes y RUIZ, Rosario (1995), «Los contrafueros de 1952-1954 y la oposición carlista al franquismo en Navarra», en *Comunicaciones presentadas al II Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Alicante, Institut de Cultura Juan Gil Albert y Fundació d'Estudis Inicatives Sociolaborals, pp. 235-246.
- VILLANUEVA, Aurora (1997), «Los incidentes del 3 de diciembre de 1945 en la Plaza del Castillo de Pamplona», en *Príncipe de Viana*, núm. 212 (septiembre-diciembre), pp. 629-650.
- VILLANUEVA, Aurora (1998), *El carlismo navarro durante el primer franquismo: 1937-1951*, Madrid, Actas.

## RESUMEN

Texto en el que se tratan de analizar las dificultades con las que tropezó el carlismo navarro tras 1937 para sobrevivir como organización política independiente y diferenciada del régimen franquista y sus intentos por mantener unidas y disciplinadas a sus bases, en su mayoría comprometidas sentimental e ideológicamente con el liderazgo personal del general Franco y fuertemente desmovilizadas.

## LABURPENA

Testu honetan egileak, Karlismoak, 1937az geroztik, erregimen frankistaren barnean izan zituen zailtasunak aztertzen ditu. Izan ere, zaila zen oso, erakunde politiko independente eta ezberdin gisa jarraitzea, eta karlistak baturik mantentzea. Izan ere, karlista gehienek Francoren lidergoa bultzatzen zuten eta guztiz desmobilizaturik ziren.

## ABSTRACT

This article deals with the difficulties encountered by Navarrese Carlism after 1937 in its attempts to survive as a political organisation. Independent and differentiated from the Franco regime, the party tried to keep its fragmented social base both united and disciplined, in spite of being sentimentally and ideologically committed to the personal leadership of general Franco.